

Hombres ilustres del Colegio de Valladolid

POR

MIGUEL DE LA PINTA LLORENTE, AGUSTINO

Aprobada por los Superiores la idea de la fundación en España de un Colegio para la adecuada formación de nuestras juventudes, tocó en suerte al P. Fr. Miguel Vivas, nuestro Procurador en la Corte de Madrid y Comisario de las Misiones, gestionar los inicios de la magna empresa, recayendo la elección en Valladolid, vieja ciudad castellana, tan levítica y eclesiástica dentro de nuestras tradiciones como lo fueron Salamanca o Alcalá. Ya el clásico autor de la historia del Colegio, Fr. Bernardino Hernando, ha descrito circunstanciadamente la erección y el desarrollo del "Alma Mater" de los agustinos españoles, determinante y exclusivo factor de la existencia y progreso positivo de la Orden de San Agustín en España, cuyo bicentenario estamos celebrando, incorporados todos los agustinos, singularmente nuestra Provincia de Filipinas, a la ilustre efemérides. Quiso la Providencia de Dios que nuestro Colegio de Valladolid fuese así el vínculo histórico que trenzase y asegurase la pervivencia histórica, respondiendo Valladolid a la gloriosa tradición de Salamanca, Sevilla y Valencia, núcleos de densa vida espiritual agustiniana y centros palpitantes de cultura, que aseguraron antaño con legítimos títulos y méritos esclarecidos la personalidad corporativa, que vendría a rubricar y consagrar de manera tajante y definitiva el Colegio de Padres Agustinos Filipinos de Valladolid, todo ello, claro es, dentro de las circunstancias históricas de la época y del ambiente social e intelectual de la península.

El florecimiento así de la Orden Agustiniiana en los últimos años del siglo XIX tuvo por escenario el Colegio de Agustinos de Valladolid, rigiendo los destinos de la Provincia de Filipinas el P. Manuel Díaz González, eximio varón que a las dotes de gobierno unía la rarísima de saber responder con su carácter moral y su autoridad canónica a la clarividencia del P. Tomás Cámara y Castro, adornado de esa intuición poderosa, patrimonio de los hombres de talento, para descubrir caracteres y vocaciones, siendo el genitor de un plantel de personalidades, de donde arranca el renacimiento de los agustinos españoles al finalizar la pasada centuria y hasta muy entrada la primera mitad de nuestro siglo, renacimiento enriquecido con muy valiosas aportaciones, tenidas siempre en cuenta, como anteriormente hemos puntualizado, la época y las circunstancias. Coinciden por ende todos los autores agustinianos en tal apreciación que podría resumirse en unas líneas del P. Bonifacio Moral: el florecimiento de la Orden en aquellos años se debió a dos hombres extraordinarios, al Rmo. P. Manuel González, Comisario en Madrid de la Provincia de Filipinas, y al P. Tomás Cámara. Al P. Cámara se le debía la iniciativa, al Padre Comisario la ejecución (1). Asistida la personalidad del Padre Cámara de constantes éxitos y logros doquier se proyectaban sus plurales actividades, era elevado a la dignidad episcopal con el nombramiento de obispo auxiliar de Toledo, granjeándose desde el primer momento con su simpatía y cultura la ambicionada amistad del Nuncio Apostólico en España, Monseñor Rampolla del Tindaro, que desde aquellos años se incorpora, por su constante participación en nuestras preocupaciones, a la historia de la Orden, y por cierto que con influencia bienhechora por las colmadas realidades, y siempre en función de protección y ayuda a nuestro hábito y a su extensión e influencia. Pese a ser removido a tan alta dignidad, no se perdió para nuestra Corporación la influencia del P. Cámara, quien después de amplias consultas con el Nuncio Apostólico lograba de su poderosa mediación la determinación de ponerse a nuestro favor para que se nos adjudicase el Real Monasterio de El Escorial que inauguraba desde ese momento una nueva fase en nuestra historia, con repercusiones, ya no nacionales, sino que rebasaban las lindes fronterizas, extendiendo nuestra personalidad corporativa en el extranjero, dentro de los ámbi-

(1) Cfr. *La Ciudad de Dios*, 42 (1897) 10.

tos sociales y de los núcleos de cultura, como detentadores de la riqueza cultural que atesoraba aquel monumento, prez de nuestra clásica tradición hispánica.

Cuentan dos fechas memorables en el año de gracia de 1885. La primera, la intervención directa del Nuncio Apostólico, secundando los proyectos y deseos del P. Cámara para zanjar definitivamente, con sus interferencias desde Roma, los problemas y divergencias del Capítulo Provincial de Manila en torno a los nuevos planes de estudio, ambicionados por la mayoría de nuestra juventud, deseosa de encauzarse en las nuevas orientaciones culturales eclesiásticas, arrumbándose definitivamente para siempre la llamada carrera "corta", reforma que beneficiaba extraordinariamente a nuestros centros docentes; y simultáneamente la entrega a los agustinos de la Provincia de Filipinas de la Real Biblioteca de El Escorial el día 12 de octubre, siendo Comisario Apostólico el mencionado P. Manuel Díaz González y realizando por su orden el inventario el P. Pedro Fernández, primer Bibliotecario de El Escorial. Ya desde los inicios de la toma de posesión del Real Monasterio comenzaron a destacarse un conjunto de religiosos agustinos en variadas disciplinas del espíritu, acusando personalidad y criterio sobre autores consagrados y eminentes escritores que representaban a la sazón el movimiento intelectual de la época, escritores algunos de ellos que puntualizaron con simpatía las inquietudes y el saber de los nuevos moradores de El Escorial, contando entre los simpatizantes nada menos que don Marcelino Menéndez y Pelayo y el omnisciente erudito don Aureliano Fernández Guerra y Orbe. Indiscutiblemente, el movimiento iniciado en El Escorial arrancaba del Colegio de Valladolid, que había sido el solar y la almáciga que hicieron posible semejante restauración. Ya el P. Conrado Muiños, gloria legítima de nuestro hábito, lo precisaba con estas líneas: "Al aceptar el honroso cargo, al que iban anejas tan graves responsabilidades, la Orden Agustiniiana llevaba una preparación, sin la cual inevitablemente hubiera fracasado en tal empeño. Al presentarse en punto más visible para los que desde la Corte prestan alguna atención al movimiento científico y literario, su intervención en el palenque de las letras españolas pudo causar y causó extraordinaria sorpresa entre los literatos madrileños, que unos en son de elogio y otros en son de censura, hablaron entonces de escritores agustinos formados por

generación espontánea. La verdad es que semejante sorpresa únicamente probaba lo que Pereda escribía por entonces en una de sus inmortales novelas: que en Madrid, donde se pretendía monopolizar el pensamiento nacional, no se prestaba atención a la literatura provinciana, que poseía escritores cuyo nombre, como el del P. Coloma, era desconocido en la Corte cuando había dado la vuelta al mundo. La verdad es, repito, que el florecimiento literario agustiniano no nació en El Escorial, sino que llevaba ya algunos años de fecha. Preparado por las iniciativas del P. Cámara, secundadas por los Superiores, desde el punto y hora en que la restauración de don Alfonso XII ofreció algún respiro y garantía de estabilidad a las Instituciones católicas, bien pronto dio sus naturales frutos en la brillante juventud formada por aquel gran hombre, dotado como nadie del don de adivinar y utilizar aptitudes y del más raro aún de ejercer sobre las almas la irresistible sugestión que las lanza a donde quiere. Al encargarse de El Escorial los Agustinos, llevaba ya cuatro años de próspera y cada vez más brillante existencia la **Revista Agustiniana**, fundada en Valladolid por el P. Cámara en 1881, y donde bajo su dirección se adiestraron en las luchas literarias y descollaron bien pronto" (2).

Los primeros y eximios bibliotecarios de la Escorialense se inician, como es lógico, con hijos de profesión del Real Colegio de Valladolid. Fue el primero el P. Pedro Fernández, antiguo profesor de Teología en La Vid, y desde 1885 Bibliotecario de El Escorial. De él parten las primeras iniciativas en orden a los métodos empleados en los trabajos del Índice de impresos. Sus grandes méritos fueron premiados en Roma con el cargo de "sottoscrista" del Papa, habiendo de abandonar la Ciudad Eterna por grave enfermedad, que tronchó su existencia en plena juventud. Colaboraron en la sistemática ordenación de los Índices, con Fray Pedro Fernández, los Padres Francisco Blanco García, Restituto del Valle, Eustasio Esteban, Mouriño, Díez Aguado, Fermín de Uncilla, Bibliotecario; Benigno Fernández, Bibliotecario; Félix Pérez Aguado, hebraísta; Cipriano Arribas, helenista; Guillermo Antolín, Bibliotecario; Pedro Blanco, arabista; Lucio Conde y Eloy del Barro. Para la labor emprendida contaba una inmarce-

(2) Cfr. MUIÑOS Conrado, *Los Agustinos y el Real Monasterio de San Lorenzo de El Escorial (1885-1910)*. (Madrid 1910) 58 a.

sible tradición: Flórez, Méndez, Risco, La Canal y Merino. Los Índices se redactaron bajo el magisterio y dirección del primer Bibliotecario, constando de 54.779 papeletas:

...en nuestro índice de impresos se han agrupado todas las obras de un mismo autor bajo una sola forma latina para las obras latinas y griegas, y castellanas o vulgar para las obras vulgares y castellanas, y se han hecho papeletas de quivalencia, consiguiendo así tenerlas todas reunidas y guiar al investigador que busque las obras de aquel autor con cualquiera de las variantes de nombre y apellidos de él conocida. Además se han averiguado casi todos los pseudónimos y, por tanto, se puede asegurar que en nuestro índice se encuentran reunidas todas las obras de un mismo autor que se conservan en la Biblioteca (3).

Todos los ilustres nombres mencionados y algunos otros, originarios del Colegio de Valladolid, dejaron huella impecedera en nuestros fastos, alcanzando por indiscutidos e indiscutibles méritos gloriosa historia, habiéndonos de limitar al recuerdo de algunos de ellos. Sea el primer el P. Fermín de Uncilla, profeso de nuestro Colegio en el año 1874, y bibliotecario de El Escorial en el año 1889, colaborador en la ordenación de los Índices y autor de diferentes publicaciones. El P. Juan Lazcano, malogrado también en plena mocedad, hijo del Colegio de Valladolid, figura como diligente exhumador de la bibliografía arábica. Se destacó igualmente con dones nada corrientes en las tareas de la Biblioteca el P. Eustasio Esteban, que profesaba sus votos en Valladolid el año 1876 y nombrado en el año 1886 bibliotecario del Real Monasterio, colaborando sistemáticamente en la redacción de impresos, emprendiendo denodadamente la empresa de allegar toda clase de textos eruditos para una ulterior y futura redacción de la historia de la Real Biblioteca, referencias muchas de ellas recogidas en **La Ciudad de Dios**, y a las que alude frecuentemente en sus trabajos el P. Guillermo Antolín. Cuentan, y con relieves vigorosísimos, en el movimiento intelectual de El Escorial dos hijos esclarecidos del Colegio de Valladolid: los PP. Eustaquio Uriarte y Fr. Manuel Fraile Miguélez. El primero, desvanecido para siempre en los años más lozanos de su vida, figura en España como restaurador de la música gregoriana, y hemos de ponderar su personalidad como escritor insigne, acusándose toda su pro-

(3) Cfr. Los Agustinos y la Biblioteca de El Escorial, en *La Ciudad de Dios*, 82 (1910) 536 s.

ducción por una fluencia literaria del mejor estilo, aliados de consuno en su obra el espíritu crítico con la vena más delicada, hijo a fin de cuentas de la región vascona, cuna y solar de grandes almas sentimentales. Citar el nombre del P. Miguélez es puntualizar la existencia de una personalidad extraordinaria. Originario del Colegio de Valladolid, fue a incrementar y nutrir el fecundo vivero de El Escorial, desarrollando a través de su vida una incesante actividad que se caracteriza por la fertilidad del espíritu, acusada en el apostolado y en la dirección de las almas, algunas de ellas de las más egregias y próceres de España, hasta sus estudios eruditos, si notables por la erudición, también por la gallardía de su pluma de la veta más clásica y ciceroniana. Entre sus primeras publicaciones cuenta "Un proceso inquisitorial de alumbrados en Valladolid, o vindicación y semblanza de la Monja de Carrión", publicado en "La Ciudad de Dios". Siguiéron luego **Jansenismo y Regalismo en España** (Datos para la Historia. Cartas al señor Menéndez y Pelayo. 1895), interesantísimo trabajo documental, donde se vindica a la Orden de San Agustín de las pelladas de fango lanzadas a voleo contra su hábito en el siglo XVIII al motejársenos de jansenistas, con motivo de la publicación del nuevo Índice encomendado a los PP. Casani y Carrasco, imprimiéndose por éstos como suplemento al Catálogo de libros prohibidos la "Biblioteca de Autores Jansenistas", del jesuíta P. Colonia. Aunque no puedan darse por definitivas, ni mucho menos, las tesis del P. Miguélez en tema que eruditamente nos atrae hace muchos años, y cuyo fruto pensamos publicar en coyuntura propicia, consígnese aquí la extraordinaria importancia del **Jansenismo y Regalismo en España**, uno de los libros de exposición histórica más interesantes de la época. Sucesivamente, el Padre Miguélez edita el **Catálogo de los Códices Españoles de la Biblioteca de El Escorial**, describiendo en él los volúmenes de **Relaciones Históricas**, desde el documento diplomático o cancilleresco hasta la arquitecturada narración histórica de las altas empresas históricas, adaptándose la catalogación a normas de metodología y cánones. Se exhumaba así un rico tesoro de informaciones históricas, desde las **Colecciones** de Florián de Ocampo, Bernabé del Busto, Páez de Castro y Ambrosio de Morales, enriquecido todo ello más tarde con las **Relaciones histórico-geográficas de los pueblos de España**, compilación gigantesca para el conocimien-

to de los pueblos y ciudades del país que actualmente se edita protegida por los organismos oficiales españoles. Finalmente, sería imperdonable, aún en esta sucinta enumeración de obras y autores, silenciar los trabajos iniciados en los primeros años de nuestra residencia en El Escorial y llevados a cabo por alumnos de nuestro Colegio de Valladolid: la ampliación y corrección de la **Bibliotheca** de Casiri, enriqueciéndose además la **Biblioteca Rabínico-Española** de Rodríguez de Castro; y entre las obras de auténtica calidad erudita, los **Impresos de Alcalá**, adicionando el **Ensayo de una Tipografía Complutense**, todo ello labor del Padre Benigno Fernández, y que constituye un precioso y riquísimo arsenal de datos de importancia positiva para la erudición y bibliografía españolas, corrigiendo y aumentando los diligentes estudios del señor Catalina.

Figura descollante por la consagración oficial que tuvo al correr de los años y que se destaca, efectivamente, entre el equipo de eruditos agustinianos de entonces; equipo, escribimos, y mejor aún podríamos escribir "conjunto", porque descartadas unas cuantas tareas generales, cada uno de nuestros hombres trabajó en labor individual, pudiendo así seguir su auténtica vocación, sus gustos y su dirección intelectual, marcadas en plena juventud (los trabajos en equipo, hechas algunas excepciones en obras de interés nacional o europea, conocidas y clásicas, se resintieron siempre de falta de unidad, coherencia y estilo), es la del P. Guillermo Antolín, uno de los primeros bibliotecarios de la Real de El Escorial e hijo igualmente del Colegio de Valladolid. Puede decirse, como se ha dicho, del P. Guillermo Antolín que fue continuador del Padre Sigüenza, y así modelo ejemplar de bibliotecarios. Contrastado su espíritu por constantes experiencias desde los años de su mocedad vertida a la ordenación del conjunto bibliográfico de la Real Biblioteca, la constante dedicación, unida a sus dones de talento le convirtieron poco a poco en maestro consumado, con rendimiento, si no cuantitativo, al menos muy importante por la calidad de los temas que trabajó con aplauso de los doctos. Casi todas las producciones que editó pueden recogerse entre los volúmenes de **La Ciudad de Dios**. Editó allí las epístolas inéditas de San Jerónimo, fragmentos de antiguas reglas monásticas, todo ello aprovechado por patrólogos e investigadores posteriores, sin olvidar sus continuas referencias en torno a la historia de El Es-

corial y de sus tesoros literarios. Revistas especializadas, como la **Analecta Bollandiana**, la **Revue d'Histoire Ecclesiastique** y la **Revista de Archivos** le consagraron frecuentemente sus elogios, sobre todo a raíz de la aparición de un trabajo, como **Un Codex Regularum del siglo IX**. En el año 1910 daba el P. Guillermo Antolín el fruto más sazonado de sus vigiliias eruditas: el **Catálogo de los Códices Latinos de la Real Biblioteca de El Escorial**, editándose el primer tomo de dicha obra, prueba indiciaria de su cultura y de su saber bibliográfico, paleográfico y diplomático. La madurez y perfección de la obra está reconocida y bastaría aquí recoger las pautas que presidieron los criterios del Bibliotecario de El Escorial para consumir el trabajo de su Catálogo. Consta la descripción de tres partes: 1.^a Se consigna en letra pequeña la materia del Códice, si está a dos columnas, tiempo en que se escribió y medida en milímetros. 2.^a Se reproduce un sumario con los nombres de los autores y obras que contiene el Códice. Se transcribe con indicación de los folios, conservando su ortografía, el título de cada obra. Se puntualizan los diferentes y plurales autores, con la distinción de las obras en números romanos o arábigos. Se precisa la edición donde se hayan recogidos, si hubieran sido publicadas las obras reseñadas en el Catálogo. 3.^a Se advierten finalmente matices, detalles, miniaturas y filigranas, ilustraciones marginales, estilo de las encuadernaciones, y todo lo demás que pueda ilustrar a los lectores interesados, ya en unos, ya en otros manuscritos. La aparición del Catálogo del P. Antolín, exhumando tamaña riqueza, es decir, la realización tan perfecta de un estudio de los códices visigóticos había de satisfacer a los hombres sabios y a los investigadores de todos los países. Don Marcelino Menéndez y Pelayo reseñando en el prólogo de **Los Heterodoxos Españoles** el movimiento erudito peninsular hacía constancia de la labor de la Orden de San Agustín con estas palabras:

...Otros institutos religiosos han renovado dignamente sus tradiciones de cultura histórica. Antes que nadie los agustinos, que están obligados a mucho por el recuerdo del Padre Flórez. El saludable impulso que en todas las disciplinas intelectuales manifiestan la Revista Agustiniiana y La Ciudad de Dios, donde se han publicado muy buenos artículos de crítica y erudición, encontrará digno empleo en la Biblioteca Escorialense, que está hoy confiada a su custodia, y prenda de ello es ya el primer volumen del Catálogo de los códices latinos de aquel insigne depósito, que en estos días sale a las

prensas por diligencia de su bibliotecario, Fr. Guillermo Antolín. Con él se reanuda, para bien y honra de España, un género de publicaciones sabias, que parecía interrumpido desde los días de Pérez Bayer, Casiri y don Juan de Iriarte (4).

Méritos tan acrisolados y vocación tan definida le valieron al Padre Antolín para ingresar en la Real Academia de la Historia como numerario de aquella Corporación, pronunciando su Discurso en el año 1921 en la vacante del señor Marqués de Foronda.

No faltaron, ciertamente, en nuestro Colegio de Valladolid, con anterioridad al movimiento intelectual creado y fomentado por el P. Cámara, y que habría de servir a los agustinos para desenvolverse, como cumplía, al posesionarse del Monasterio de El Escorial, ni ambiente adecuado, ni valores eruditos. Años antes se había recogido en Valladolid copia abundante de documentación procedente de diversos fondos, sobre todo de la extinguida Provincia de Castilla, de frailes exclaustros, ya en Cataluña, ya en Andalucía, y que constituyó una base amplia y sólida para transcribir interesantísimos papeles que representaron el apoyo inicial para impulsar durante largo tiempo las ediciones de la **Revista Agustiniiana**. En el Colegio perduraba la memoria del P. Andrés del Corral, uno de los últimos exponentes de nuestra vieja y clásica Escuela, catedrático de la Universidad de Valladolid, vinculado a nuestros últimos Maestros de Salamanca, de los que poseía interesantísima correspondencia sobre nuestra Corporación, sus hombres y su estado al irrumpir en España las hordas napoleónicas y al sobrevenir más tarde los desconciertos políticos nacionales. Era el P. Andrés del Corral hombre eruditísimo en diferentes disciplinas del entendimiento comenzando por su especialidad de Sagrada Escritura y derivando simultáneamente a nuestra historia literaria. El azar, o manejos particulares, hicieron que cayesen en su poder los procesos inquisitoriales de Fr. Luis de León, del **Brocense** y de Fr. Alonso Gudiel, con motivo de un famoso incendio acaecido en las casas de la Inquisición de Valladolid. Bastó esto para vindicar inmediatamente a nuestra Escuela, pese a haber podido servir sus trabajos para despertar las hostilidades de las banderías políticas contra nuestra tradición. Era escritor bastante chabacano, como formado en modelos nada recomendables del

(4) Cfr. MENENDEZ Y PELAYO Marcelino, *Historia de los Heterodoxos Españoles*, I (Madrid 1956) 25.

siglo XVIII, siglo de copleros y de "escribiores", pero le salvaba su riquísima erudición, con la que influyó en nuestro Colegio de Valladolid, y, aunque exclaustro, dejó, al pagar el tributo mortal, en herencia al Colegio su rica biblioteca, de pocos pero magníficos volúmenes, que honran todavía nuestra Casa Madre, ennoblecendo su librería con las mejores obras de la bibliografía española en los temas que él cultivaba. Anteriormente también había sido la erudición, además de la teología, la ambiciosa ocupación del Venerable Fr. Tirso López Bardón, siempre tras el señuelo de noticias y referencias, ya de historia eclesiástica, ya de historia corporativa. En las páginas de **Archivo Agustiniiano** queda constancia de un artículo del que suscribe consagrado a la labor del P. Tirso López, varón de amplia fama en su tiempo; y aunque, como allí registramos, se resientan sus trabajos de penuria crítica y de sentido histórico muy concreto, por ejemplo, las citas no son nunca de primera mano, sino extractadas constantemente de Lanteri, Ossinger, Hutter y Moral, la labor es extraordinaria, y sus libros, como escribimos en el trabajo aludido, constituyen verdaderos repertorios y poliantes donde acumula cuanta riqueza histórica han puntualizado anteriores cronistas e historiadores, buenos unos, mediocres otros, pero siempre, pese a las deficiencias, acusando un trabajo extraordinario, representando su labor una acumulación de datos y de textos verdaderamente pasmosa. Todo ello contribuyó indiscutiblemente a fomentar en nuestras juventudes el amor al estudio en general y en muchos el amor al estudio de las propias glorias. ¿Cómo olvidar una labor como la del Padre Marcelino Gutiérrez, estudioso investigador de la filosofía de Fray Luis de León? El mismo Fr. Conrado Muiños, orientado en ciertas corrientes de cultura, no dejó de pagar tributo a las tareas investigadoras con su famoso libro sobre Fr. Diego de Zúñiga, y aunque hoy conozcamos la pista falsa por la que se deslizó, no por eso le negaríamos su indiscutible y probada calidad intelectual.

Ni los cargos pastorales y misioneros de Filipinas lograron ahogar las poderosas raíces de amor al estudio en un fraile modesto y excepcional, que ya en las Islas Filipinas comenzó con anhelo pasionado a extractar autores y bibliografías siempre que concerniesen a la Orden y a su cultura. Acabamos de citar el nombre del P. Gregorio de Santiago Vela, autor de la mejor bibliografía española de su tiempo, príncipe de nuestros eruditos en

materias agustinianas, quien editaba por el año 1913 el primer volumen de su monumental **Ensayo de una Biblioteca Hispano-Americana de la Orden de San Agustín**, superior a toda la labor erudita anterior, comenzando por el nombre esclarecido del Padre Tomás Herrera. Modestamente subtítulo su libro como basado en el Catálogo Bibliográfico del P. Bonifacio Moral, y aunque ello honrase su ingénita modestia, la especie era completamente inadmisibile, dado que podemos comprobar las lagunas y los vacíos de la benemérita labor del P. Bonifacio Moral, muy deficiente en sus notas bibliográficas y nada completo y definitivo en sus biografías, redactadas con poco esmero y responsabilidad. En la Introducción del primer volumen describía el P. Gregorio de Santiago Vela las fuentes aprovechadas para la elaboración de su libro, dedicándose las preferencias al Catálogo del P. Moral. Las preocupaciones del P. Vela fueron, sobre todo, el poder uniformar su labor, dada la cantidad de bibliografía consultada, sobre todo la americana :

“No queremos detenernos en exponer —escribía— las dificultades con que hemos tenido que luchar para imprimir alguna uniformidad a los artículos bibliográficos y sujetarlos en cuanto ha sido posible a un plan razonable. Formados en su mayor parte de notas sacadas de obras de bibliografía, en las cuales cada autor ha seguido el sistema mejor que le ha parecido, y debiéndose las menos descripciones de los libros a nuestra investigación directa, el conjunto de notas así obtenido tenía que resentirse por necesidad de falta de unión y de método, falta que hemos procurado remediar, adaptando la reproducción de portadas y descripciones de los libros a un sistema que, si no el más detallado y perfecto, es suficiente en nuestro sentir, para dar a conocer las condiciones materiales de los libros. Ciertamente que el valor de éstos no se ha de medir por su descripción más o menos acabada; pero en la actualidad son de tanto precio ciertos detalles tipográficos que no se puede prescindir de minuciosidades y pequeneces, al parecer, a las cuales conceden gran importancia los peritos en la materia” (5).

No figuran en el **Ensayo** los escritores agustinianos anteriores a la Unión de 1256 por dificultades y razones muy congruentes, pero sí se historian vidas y obras, desde los autores pre-renacentistas hasta los tiempos en que trabajaba el autor del **Ensayo**. El orden de la obra es rigurosamente cronológico, dándose el caso

(5) Cfr. SANTIAGO VELA Gregorio de, *Ensayo de una Biblioteca Ibero-Americana del Orden de San Agustín*, I (Madrid 1913) 23.

de que muchos escritores, editados primero en revistas y luego aparte, se repiten con letra ordinaria primero y a continuación con versales, habiendo convenido quizás la división en secciones variadas, englobadas debajo de cada libro y con letra distinta para distinguir la cita de haberse publicado en ésta o en la otra revista, evitándose confusionismos y la mezcolanza de una tipografía apelmazada chica y grande.

El elogio de la obra tiene que ser necesariamente de conjunto, en selva de tales y tan ricas referencias. No encontramos cosa indigna de ser elogiada, pese a los vacíos que los volúmenes del **Ensayo** pueden presentar y presentan. Todas sus investigaciones son cabales y concienzudas, hágase referencia a un Presidente del Consejo de Estado, a un catedrático de Salamanca o a un modesto autor de novenas y trisagios. Se trata del primer intento de una extensa y científica bibliografía agustiniana que hemos todos de enriquecer y perfilar con nuestras investigaciones personales para realzarla y perfeccionarla más, según vaya avanzando el florecimiento de nuestra vida interior y de nuestra cultura.

Hijo también del Colegio de Valladolid, como todos los anteriores, fue el P. Maestro Fr. Pedro Martínez Vélez, honra de su generación, y venerable queridísimo Maestro mío, con quien me inicié en las tareas eruditas y literarias, debiéndole, ya que no la cultura, labor íntima y personal, sí el constante estímulo y el consejo sazonado para fomentar en plena juventud los ideales y el amor por todas las cosas del espíritu y de la sabiduría. El P. Vélez procedía de la cepa de los grandes eclesiásticos españoles. Su actividad no se amortiguó un solo instante, y así no podría pasar nunca inadvertida su personalidad, que se definía por la conjunción permanente de todos los conocimientos que atesoraba, acusándose la poderosa individualidad del verdadero hombre de letras.

Subrayemos entre la obra copiosa y dispersa del P. Vélez dos obras fundamentales: las **Observaciones al libro de Aubrey G. Bell sobre Fr. Luis de León** (Contribución a la biografía del teólogo-poeta y a la historia del Renacimiento y de la Inquisición española), aparecida en libro el año 1931, y **Leyendo nuestras Crónicas**. Notas sobre nuestros cronistas y otros historiadores. Estudio crítico y reconstructivo de la historia antigua de la Orden de San Agustín, en relación con su origen, continuidad y un nuevo

floreamiento de la misma, editada en dos compactos volúmenes el año 1932.

Las **Observaciones** al hispanista inglés Mr. Bell revelan de una manera concluyente las dotes de peregrina y extensa cultura que constituían el patrimonio intelectual del P. Vélez. Añade precio a su categoría el que dado el P. Vélez preferentemente a estudios eclesiásticos, su curiosidad sin embargo le había llevado a la posesión de una cultura del más amplio humanismo que, abasteciendo su personalidad, le capacitó para acometer empresas tan aiosas como la de ilustrar la obra del gran hispanista, sometién-dola a una valoración y enjuiciamiento que perfilaban la extensa erudición y el sentido crítico que le adornaban, y que daba ciertamente la medida de su sabiduría. El carácter del presente trabajo, limitado forzosamente a líneas generales, impiden una minuciosa relación del valor de este libro que integra un capítulo inestimable de nuestra cultura nacional, con el intento, casi siempre logrado, de la solución de problemas intelectuales hasta entonces apenas sin desflorar, mejor dicho, interpretados con sectarismo y parcialidad. Capítulo por capítulo sigue el P. Vélez rectificando o comentando las opiniones y los testimonios aducidos por Mr. Bell, ya sobre los temas de nuestra unidad espiritual peninsular, ya sobre la Inquisición, o sobre nuestra vida universitaria, amén de las cuestiones suscitadas sobre la decadencia y declinación de España. Todo esto se prestaba a incurrir en lugares comunes o en un insu-frible diletantismo, que son siempre soslayados por la habilidad de su autor, contando sólo la exégesis racional y liberándose en las cuestiones sustanciales en torno a Fr. Luis de León de pasio-nes y prejuicios de Escuela. Sobre Fr. Bartolomé de Medina, es-cribía únicamente el P. Vélez que sólo hubo "intransigencia" y no aquella prudencia crítica para saber conducirse. Así el P. Vélez enalteció la crítica española, demostrando su mucho saber y su capacidad intelectual en discusiones y controversias que se pres-taban a las más exigentes responsabilidades, en el orden de la crítica eclesiástica y profana.

Leyendo nuestras Crónicas es obra de tipo estrictamente cor-porativo y que acusa la preparación histórico-eclesiástica del autor. Proyectando éste una ojeada sintética sobre los historiadores gene-rales de la Orden de San Agustín, abarca la obra del P. Vélez una revisión profunda y minuciosísima de la vida de los agustinos.

Junto a la crítica negativa entraña la obra un poderoso y fuerte sentido, basado en las mismas fuentes históricas y en el espíritu agustiniano y un aliento inspirador que con claridad meridiana hace ver y comprobar al escritor erudito los destinos corporativos, cuyo nudo y centro vital encaja en las famosísimas luchas de Salamanca, Valladolid y Valencia entre la "claustra" y la Universidad Católica.

Pero por encima de este carácter y teniendo en cuenta que **Leyendo nuestras Crónicas** es obra de revisión y de valoración de nuestros cronistas, ahondándose en el tema tan profundamente como lo hace el P. Vélez, había de surgir exigentemente —basado todo en la historia retrospectiva— el anhelo de reformas modernas y la pretensión de una insoslayable restauración de los valores espirituales de la Orden. No cuenta en la historia contemporánea de los agustinos, en lo referente a estudios corporativos y a insuflar fecundos y ambiciosos idealismos en nuestras modernas generaciones, una personalidad como la del P. Pedro Martínez Vélez, y es quizás desconcertante cómo su nombre no menudea en nuestras publicaciones y lucubraciones cuando se trata de vivificar y de plantear nuestro porvenir y nuestros problemas radicales de cultura. Valga como comprobante indeclinable de nuestro aserto desnatar algunas de las ideas del P. Vélez, en lo concerniente al tema que tratamos, máxime obedeciendo todo a la fundación de nuestro Colegio de Valladolid en función de crear personalidades continuadoras de la rica y viviente tradición. Escribía así el P. Vélez:

Podemos y aun debemos saberlo y serlo todo. Nuestro carácter apostólico, que es el de la Iglesia, abraza directa o indirectamente todos los fines de la humanidad. Así seremos misioneros o catedráticos, o todo a la vez, según convenga; pero en todo caso, aún para ser misioneros de los mismos salvajes, quiere la Iglesia que nuestra cultura, así la general humanística y filosófica, como la especial teológica, sea más elevada y completa que se dé en los más altos centros docentes eclesiásticos. Así lo prescribió San Ignacio para la Compañía de Jesús, cuyo cuarto y diferencial voto religioso es cabalmente el de las misiones. Así lo han proclamado, con la teología y la historia de la Iglesia en la mano, Benedicto XV y Pío XI en sus respectivas encíclicas sobre las misiones. Así lo comprendieron antes entre nosotros con intuición de videntes y con alma de verdaderos agustinos los PP. Manuel Díez González y Tomás Cámara. Por eso, sabiendo que las Ordenes que menos estudian son las que más decaen, mejo-

raron los estudios; y conociendo la naturaleza de nuestro tiempo, trataron de preparar a los agustinos de España, no sólo para las misiones, sino también para la enseñanza y para el mismo cultivo superior y al parecer desinteresado de la literatura y de la ciencia, a fin de colaborar así mejor con la Iglesia en la propaganda y defensa de la verdad cristiana. Esos hombres verdaderamente superiores, y después los inolvidables PP. Fito y Lobo, vieron claro que sin grave detrimento nuestro, y por lo tanto de la misma religión católica, no podíamos seguir ya exclusivamente polarizados hacia las misiones, y el tiempo les ha dado la razón y les seguirá dando la razón más cumplida. El que no la vea, profesa contra su mejor voluntad un error que puede ser fatal y definitivo para la existencia misma de los agustinos misioneros del Extremo Oriente (6).

Era el P. Vélez un excelso idealista, como todos los grandes varones dotados de excelencias y de dones de excepción, y aunque semejante condición se presta frecuentemente a la chacota de los mediocres y de los ignorantes, es actitud y estado de conciencia que hace proliferar el espíritu del hombre en busca de renacimientos y levantes, ya en las zonas de la piedad, ya en los aspectos especulativos y de la investigación sapiente. Atiende el P. Vélez en su afán de reagustinianizarnos a múltiples aspectos del problema. Consignaba en primer lugar los libros que él creía necesarios. En su opinión eran los siguientes: **Compendio o Manual histórico de nuestra Orden**, un **Santoral de la Orden** o **Leyenda** de oro agustiniana y un **Devocionario** agustiniano. Los considera de la mayor exigencia para nuestros jóvenes desde el momento de ingresar en nuestras casas o noviciados. A estas obras fundamentales añadía la publicación de las traducciones, ya afortunadamente realizadas algunas de ellas, el **Sanctus Pater Augustinus vitae spiritualis magister** y el de la obra totalmente agustiniana **De vita christiana**, del P. Thonna; el **Excitatorium mentis in Deum**, de Bernardo de Oliver; la **Educación de la juventud religiosa**, del P. Juan Díaz; las **Tardes monásticas**, del P. Rosell, y la **Crónica de N. P. San Agustín y de los Santos Beatos y Doctores de la Orden**, **Instrucción de religiosos** y **Explicación de la Regla**, tratados todos de nuestro Beato Alonso de Orozco. Cuando el P. Pedro Martínez Vélez escribía, sólo se contaba en la Orden con el intento fracasado del P. Victor Maturana con su **Historia General de los Ermitaños**

(6) Cfr. MARTINEZ VELEZ Pedro, *Leyendo nuestras Crónicas*, I (El Escorial 1913) 15 s.

de San Agustín, y sólo contábamos los agustinos como puntos de referencia con la obra de Nicolás Crusenio, **Monasticon Augustinianum**, y sus continuadores Lanteri y Tirso López, carentes de aquellas excelencias requeridas en los trabajos históricos, es decir, sin proporción y sentido crítico, aunque haya de ponerse de relieve la obra del autor italiano, **Postrema saecula sex Religionis Augustinianae**, que aunque destituída igualmente de valoraciones críticas, representa un acopio de textos inestimables para estimular el espíritu de nuestra juventud y despertar en ella el amor a la historia de la Orden por el conocimiento de sus hijos ilustres. El año 1932, el P. Vélez se sentía optimista ante una especie de renacimiento corporativo traducido en obras y proyectos que se llevaban a cabo, todo ello consagrado y respaldado por el P. Provincial Gaudencio Castrillo, quien respondía, como el P. Manuel Díez González al P. Cámara, al insigne P. Vélez. Así, la edición de las Florecillas medievales o **Vidas de los Hermanos**, vertidas al castellano por su hermano el gran poeta P. Dámaso Vélez; la fusión de nuestras revistas **La Ciudad de Dios** y **España y América** en la revista **Religión y Cultura**; la edición de la revista popular **El Vergel Agustiniiano**, impulsado por el santo e inolvidable Padre Fariña; el **Manual de los Hermanos y Hermanas de Obediencia**, del P. Angel Rodríguez; la **Bibliografía Agustiniiana**, del Padre Blanco Soto, que comprendería la **Bibliotheca Augustiniiana**, del Padre Tomás Herrera, y que pensaba editarse anotada por el propio P. Vélez; y, finalmente, la promesa que se convirtió en realidad de la transcripción paleográfica y estudio de los procesos criminales contra los hebraístas de Salamanca que suponían un conjunto de referencias históricas sobre los aspectos más fundamentales de la cultura renacentista española y que ha traído como consecuencia el de asentar de manera definitiva y con amplia erudición histórica las tesis agustinianas defendidas por el P. Andrés del Corral, Francisco Blanco García y Conrado Muiños, un material de trascendental importancia que ha comenzado ya hace años a incorporarse en textos y obras extranjeras y nacionales. De la obra fuimos nosotros los encargados en plena juventud, y los deseos del P. Vélez quedaron colmados, pues si bien es cierto que sólo pudo ver la edición del expediente del Maestro Gaspar de Grajal, publicado, para su gloria, por la Provincia de Filipinas, a causa de su muerte en nuestra guerra civil, la Fortuna acompañó

la laboriosidad del que esto escribe, pudiendo editarse en diversos Institutos de cultura toda la documentación, concerniente mucha de ella a manifestaciones de nuestro hábito y cultura, y que alcanza miles de piezas vírgenes y originales, descontando los escauceos del P. Luis Alonso Getino y de algún hispanista francés.

El tema permanente del P. Pedro Martínez Vélez es la formación "agustiniana" de nuestras generaciones, buscando la base de nuestra vida en la piedad y en el estudio de la alta cultura. Sin hombres así preparados —se refería a la formación intelectual de nuestros sacerdotes— no hay Provincias ni Orden grandes, ni carácter propio, ni fuerte unidad, ni sabias leyes, ni prudente dirección, ni visión, ni acierto en los negocios. Hombres así, volvía a repetir el P. Vélez, son el mejor capital de la Corporación. Para el P. Vélez se trataba ante todo de seguir la tradición de cultura dentro de las pautas de las mejores etapas históricas de nuestra vida, buscando en estos aspectos nuestro encaje con la sociedad, como en la obra viviente de la perfección la buscaba igualmente San Francisco de Sales.

Restarían muchos aspectos por recordar y tratar. Pero este trabajo no debe desorbitarse y sí enmarcarse dentro del cuadro general de los temas que presiden las apariciones de este número extraordinario de **Archivo Agustiniano**, tanto más que nuestro objeto se limitaba a perseguir las líneas directrices y no las afirmaciones circunstanciales. Quedan todavía algunos nombres por consignar, pero valgan las referencias aducidas. Ello transcribe vigorosamente un plantel de eruditos y hombres de letras, hijos espirituales y de profesión del Colegio Agustiniano de Valladolid. Que la Providencia presida los anhelos de nuevas generaciones asistidas por el amor al estudio, emulando las más fecundas tradiciones.